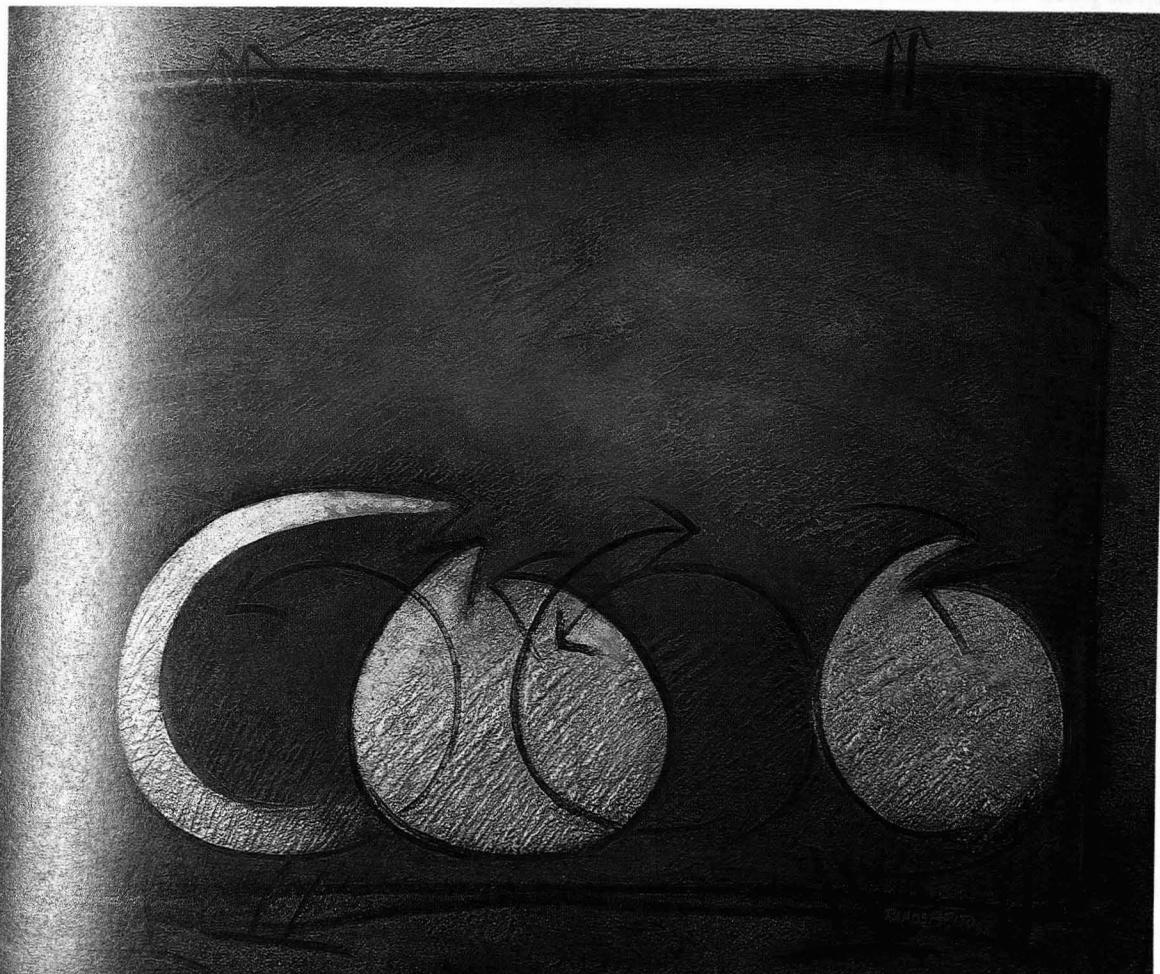


Obsesiones y percances



MARÍA CONSTANTINO



Juegos de amor,
1994,
técnica mixta,
120 x 150 cm

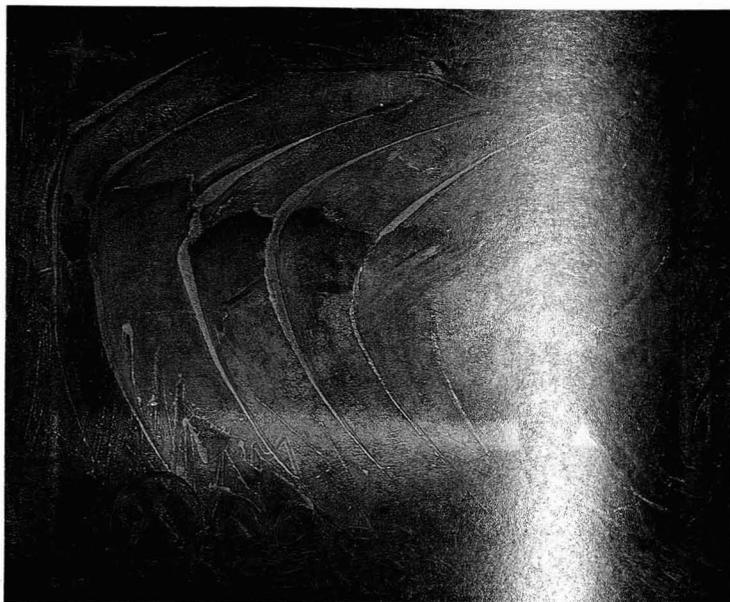
Hay artistas que no necesitan ni registro, o inventario de obras, ni apuntes biográficos, ni diario íntimo para establecer su paso por la Tierra. Más bien precisan —si nos atenemos a las características de su obra— de una *Geografía*: una descripción más o menos precisa de los territorios —personales, profundos o superficiales— que han pisado, delatado, descubierto, con-formado. Gerardo Ramos Brito es uno de ellos. No porque —digamos— sus intereses formales y “de textura” sean telúricos (salta a la vista la finura de sus fabricaciones pictóricas y escultóricas) sino porque en general sus obras —durante treinta años— guardan una congruencia, una fidelidad al *territorio original* y al impulso que les dio vida. En efecto, si intentásemos trazar un mapa, hacer un seguimiento de sus indagaciones, de sus incursiones, de los elementos que poco a poco o impulsivamente —según los casos— ha ido realizando Ramos Brito, descubriríamos ciertas constantes que caracterizan a sus manifestaciones primordiales.

Por ejemplo, observemos la combinación racional, la exposición fiel, la clara relación entre volúmenes y texturas; o bien la sensación de que la visible creatividad es, sobre todo, un “enmarcamiento” o, mejor, encuadramiento de los recorridos de la vista y del tacto. Veamos con detalle *Profundidad en ti*, un cuadro de 1991, de técnica

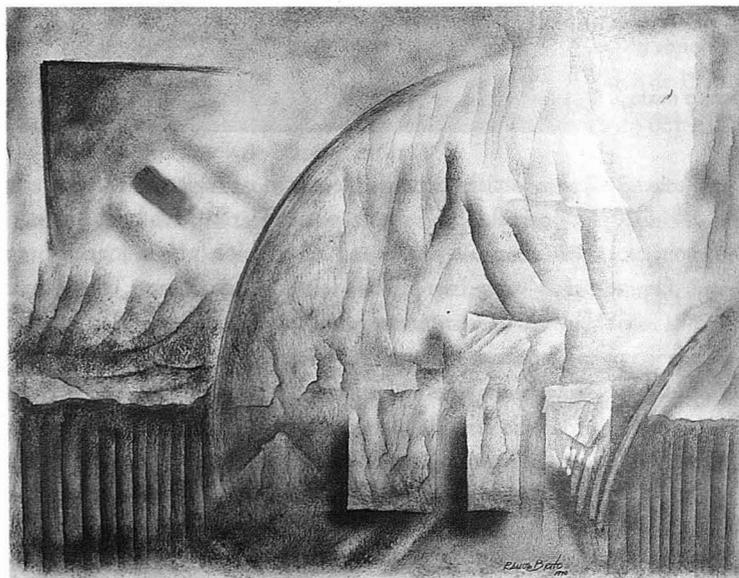
mixta, en el que la geografía de Ramos Brito pone en movimiento —ondas, arcos, semicírculos tenuemente deformados, impulsos que se reproducen o estructuran en el espacio inventado, forjado— sus propios sentimientos hacia la materia —los materiales— que precisa utilizar para conseguir el ánimo —el ánimo— de la obra. El cuadro se erige en una señal o, mejor, en una ventana sobresaliente, volumétrica de todo el paisaje interior del artista. Como si no le bastara este arreglo de su expresividad, Ramos Brito agrega (una vez señalado el camino que han seguido —obedecido— sus ondas internas) una marca de estirpe roja, la cual parece sobreindicar que el cuadro es sólo un alto en el camino dentro de la vastedad —rugosa a veces, lisa y armónica, otras, espaciosa, inquieta, fogosa o humeante o hasta volcánica, cuando los impulsos lo han menester— de ésta que ya más arriba hemos denominado *Geografía* de Gerardo Ramos Brito.

Este incesante intento-que-se-logra-dentro-del-cuadro y que tiene mucho que ver con ir palpando con esmero, silenciosamente, el grado de fogocidad de los materiales, colores y texturas, convierte a la obra de Ramos Brito en un verdadero campo de acción, a veces acuoso o de naturaleza líquida, como en *Oficinas...*, en que sobrevienen movimientos, formas que escurren y vagan por el espacio, se hacen síntesis o bien se someten a maniobras racionales que durante el recorrido de la mano dentro del cuadro se proclaman abstractas. A veces, como en *Vista del palacio*, en cambio, las formas —que jamás se hacen figuras— indican una especie de lluvia en el infinito; allí Ramos Brito ha propuesto o esbozado una especie de naturaleza o espacio fundamental en el que su tenue racionalización de la materia desemboca en una franca exposición de una figura azul, la cual, junto con elementos plenamente localizables, interfiere con ese espacio inmensamente terroso o involuntariamente vasto, grandioso o inasible, cuyas dimensiones se captan, surgen, se hacen evidentes, gracias precisamente a la inclusión de sobresalientes o alentadas figuras. Mediante esos “rayones” de impulsiva —y aun organizada— destreza, Ramos Brito incorporará a sus notables *fondos* haces de formas, formas aisladas, apariciones, emociones, trayectos, sombras, a veces como meras improvisaciones en un campo sembrado ya de sensaciones uniformes, a veces como violentas búsquedas encaminadas a arribar a los límites del “dibujo” mediante contrastes, como en *La Plaza Mayor*, cuadro en el que lo externo se hace intervenir por un movimiento que parte desde el origen y que adquiere un sentido hondamente cerebral, racional, íntimo.

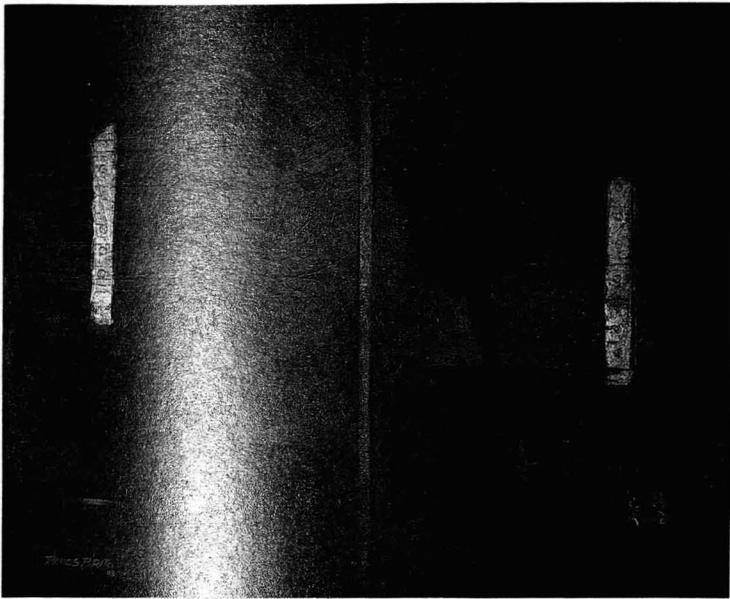
La resistencia de Ramos Brito a mantenerse en la pura abstracción, en la des-uniforme concepción del espacio, en una orografía metafísica e inasible se hace evidente y atractiva en sus arreglos y composiciones arquitectónicas —una vez más: “marcas”, señales, puntos de concentración, cabalmente “señalamientos”—; ahí las formas, los trazos, logran imponer un prurito de orden en la mente del observador (véase el luminoso entrecruzamiento que sobreviene en *Escultura*). En los casos en los que Ramos Brito alcanza la figura plenamente —cuando marcos, planos, líneas dejan de ser proposiciones— los accidentes de cada cuadro se concentran, se contraen, se autoseñalan y se vuelven un libro (*Loggia*). Aparentemente se establece un registro arquitectónico de la realidad cuando en realidad se conforman parciales impostaciones del suelo y del subsuelo. Esta persecución de cierto orden dentro de la obra se manifiesta plenamente en los volúmenes o masas que se contraponen en ciertas pinturas como *Por la casa del sol* pero sobre todo en las diseminaciones de sus “tierras”: hay paisajes en ellas que podrían acercarse a un realismo difuminado, sobre todo



Profundidad en ti, 1991, óleo, 105 x 150 cm



Formas primitivas, 1990, grafito, 70 x 80 cm



Réquiem,
1993,
técnica
mixta,
122 x 150
cm

tela, en la que las formas todas —inquietudes, ansias de expresión— se habrían convertido en una sola forma, en una sola propuesta, en una textura constante, idéntica, como en un espejo, a la idea que el artista tiene en la mente.

Esta salvaguarda de la inocencia primera, de la imagen primera, el resguardo de la relación básica con el suelo, la materia, el “fondo” natural y el espacio primigenio —el cual, a veces, se insiste como profundidad en los cuadros— mantiene a la pintura y a las inquietudes de Ramos Brito dentro de las combinaciones y los juegos, las destrezas y los viajes del movimiento creativo y la variación plástica. Ramos Brito incluso ha utilizado la variedad de las técnicas (dibujo, madera, ambiente espacial, serigrafía, grabado) para garantizar que el todo de cada obra sea capaz de contener directamente la imagen, la forma propuesta. La de Ramos Brito es una geografía salpicada de visiones, de sueños, circunstancia que la hace más atractiva, más cercana, más localmente universal.



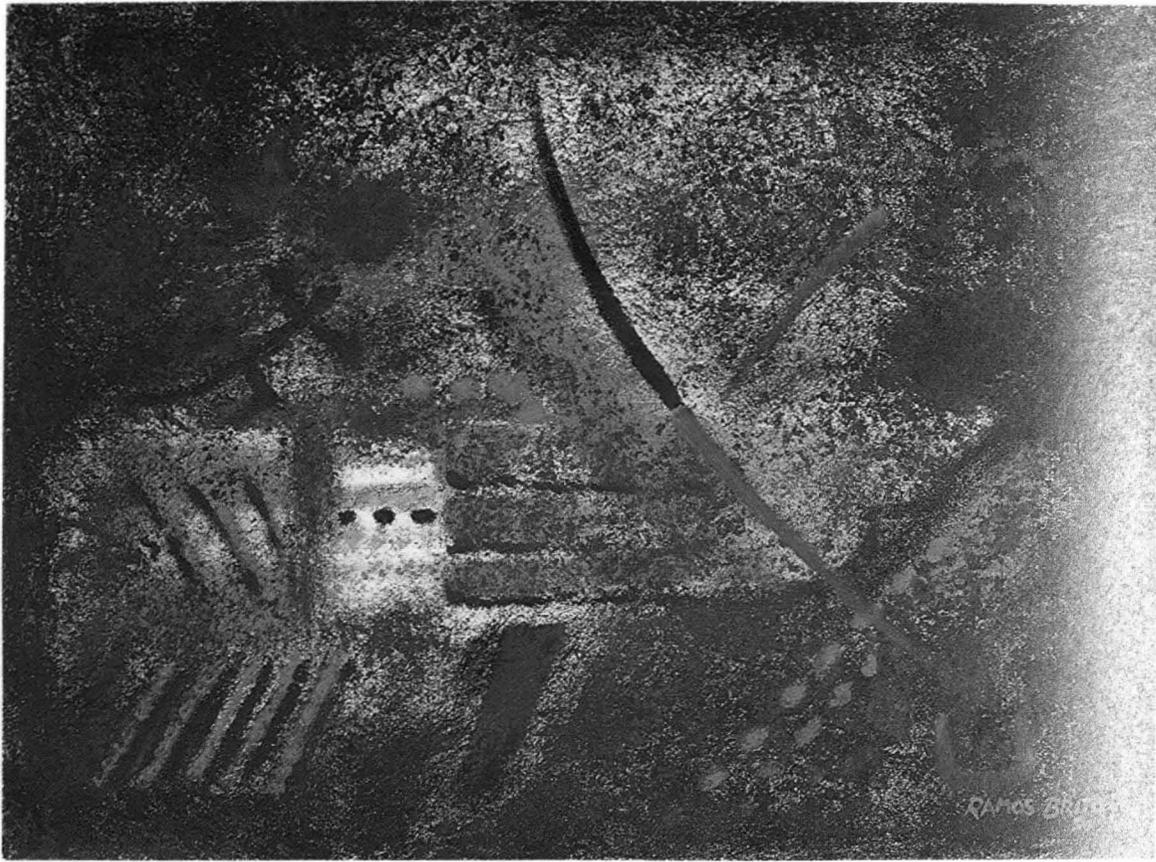
El que es,
1993,
técnica
mixta,
200 x 200
cm

en la medida en que los cuadros se van poblando de espacios que invocan “levantamientos”, topografías o claras “tomas” de conjunto. Asimismo, sus grafitos evocan zonas perfectamente delineadas, cumbres y terrenos bajo lluvias ligeras o tenaces pero siempre regulares y uniformes.

En estos casos entran de lleno, en la descripción geográfica, las habilidades técnicas del artista. Inter vienen, más que de su mente, elementos de sus manos. Los resultados dependen de la rapidez, la lentitud, parsimonia o febril constancia con las que la imagen, el proyecto se asocia a la materia para forjarla nuevamente. En este sentido, la obra de Ramos Brito consigue mantenerse en un grado exacto de inocencia virtuosa; no impone un racionalismo que ya lo hubiera llevado a una plena y evidente y obvia pintura conceptual, en la que el ordenamiento de los espacios se habría desplomado o desordenado definitivamente hacia la uniformidad absoluta, completa de la

En sus cuadros surgen de pronto ciertos rasgos, detalles, elementos familiares que nos retrotraen al viaje expresivo que deseábamos realizar, a ciertos episodios o alucinaciones que estábamos dispuestos a enfrentar. La de Ramos Brito no intenta ser una geografía trágica sino una fluida revisión de sus obsesiones y percances.

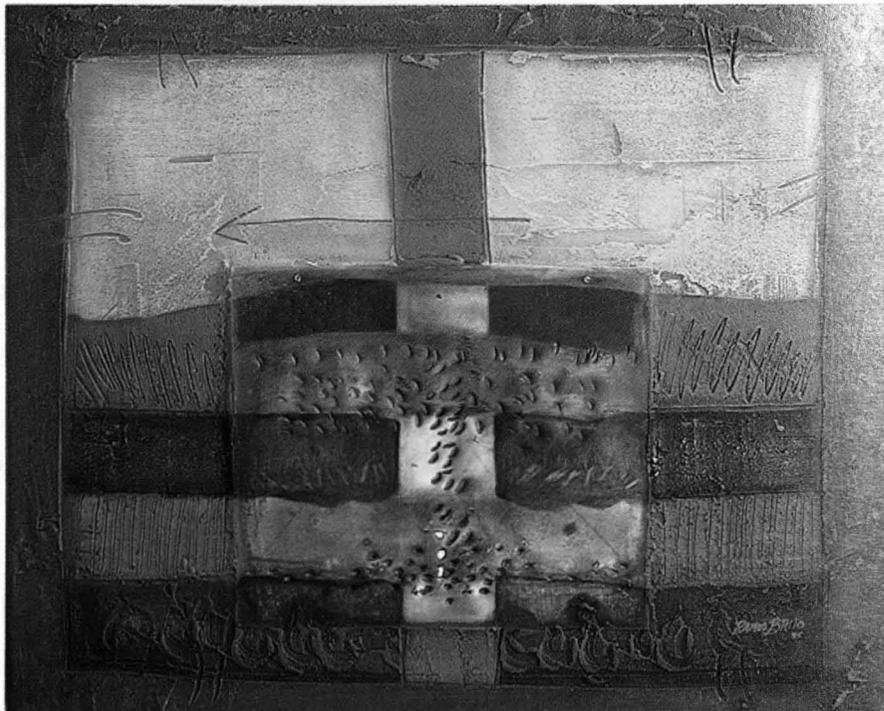
El arte es una persecución de la totalidad en las manos de Ramos Brito. A veces —como en la atmósfera que crea la combinación de piedra y metal, de masa pétrea y finura expuesta o forjada— la racionalidad de Ramos Brito se convierte en espacio; o sea, la obra se esfuerza y consigue indicar que toda geografía es una relación con los hechos del ser humano, que por sí sola no valdría ni siquiera como exposición visual. En los cuadros de Gerardo Ramos Brito



Tiempo de lagartija,
1990,
tierras
naturales,
61 x 80 cm

descubrimos siempre la acción humana, los rasgos preventivo y posterior que delatan la presencia del artista —como si pusiera siempre las cartas sobre la mesa antes y durante la factura de la obra—, la persistencia del impulso emocional que le dio vida y razón de ser al cuadro, al dibujo, a la escultura. Haces, manifestaciones limpias, constantes narraciones e incursiones en la materia, el color, la realidad, la toma de conciencia, los malabares en un terreno que se va uniendo, ligando mediante líneas, rayones, espacios, bajadas y subidas de tonos y texturas, a lo largo de paisajes planos y volumétricos que se ordenan en colores, que abarcan montes y hondonadas,

sensaciones, inserciones, presencias, consideraciones visuales... La obra de Gerardo Ramos Brito se halla construida sobre esta fidelidad constante, protegida, a los elementos más espontáneos y más frescos, los cuales brotan sobre un terreno o un espacio expuesto y preparado antes del surgimiento de la *forma*. En esta *Geografía* de Ramos Brito, base, fondo e irrupciones forman un todo que se expone con auténtica especificidad. Y el fenómeno nos atrae sobremanera. ♦



Calor de tierra,
1995,
técnica mixta,
80 x 100 cm